

Antonio Pereira

El villafranquino del otro lado

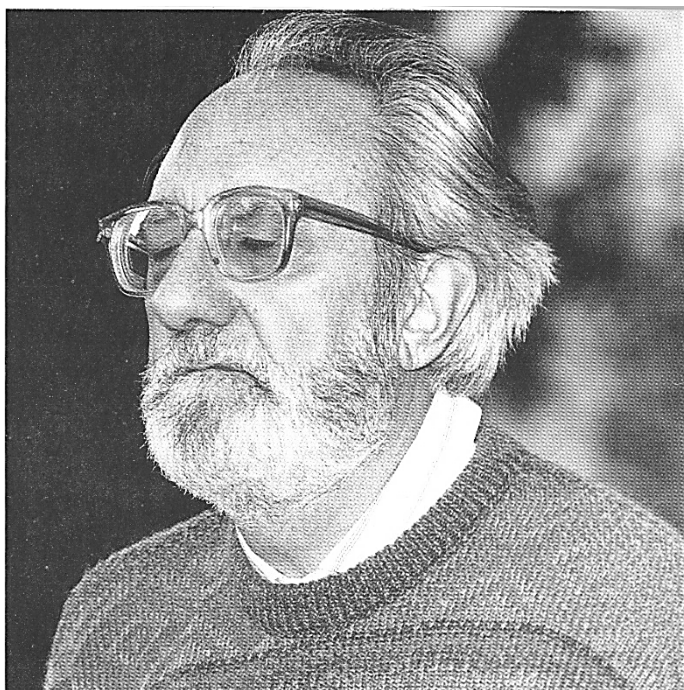
Texto: Miguel Ángel Varela
Fotos: Ángel Gundín



- ¿Existían en su familia antecedentes literarios?

- No había antecedentes específicamente literarios pero en mi padre había un gran sentido de la palabra. Le faltaban elementos y conocimientos pero recuerdo que a él le fascinaban las palabras. Cuando yo era un niño, llegaban los periódicos de Madrid y le oía a mi padre leerlos en la ferretería. De qué manera le sentía yo vibrar cuando leía, por ejemplo, "la comitiva regia". En esa especie de amor de mi padre por las palabras, por el énfasis y la grandilocuencia, había un germen literario que probablemente me haya influido a mí y que yo me encargué de hacer realidad en una modesta medida.

- ¿Cómo era aquella Villafranca de su infancia? ¿Tenía muchas diferencias con respecto a la actual?



- Las diferencias entre la Villafranca de entonces y la de ahora son las mismas que han ocurrido en todo el mundo. Algo característico era lo mucho que vivíamos en la calle. Recuerdo que cuando éramos niños uno de los ritos de los chicos, incluidos "los del otro lado", era venir a la plaza a jugar. Allí se organizaba todos los días el paseo ritual, que hoy no existe en absoluto. La gente se ponía a andar por la plaza por la derecha regresando por la izquierda. Esa era una liturgia verdaderamente importante a efectos de los amores y amoríos de juventud. Allí los chicos veíamos a las chicas y las chicas a los chicos. Dos o tres chicas -

generalmente tres- se ponían a pasear y tímidamente nos acercábamos para escoltarlas en el paseo. Si había una comprometida, ésta se situaba en el medio. Teníamos la cortesía establecida de aquello que se llamaba "cambiar vuelta", que consistía en que, al dar la vuelta, nos cambiábamos de lugar, de modo que nos tocara la otra chica. Pero había un momento rigurosamente atisbado por las personas mayores que consistía en observar esa ceremonia y si fulanito no "cambiaba vuelta" era señal evidente que había contactado con fines cuasi matrimoniales con aquella moza.

- ¿Cómo se produjo su marcha de Villafranca?

- A principios de los años cuarenta había terminado mi bachillerato e hice un extrañísimo curso en León establecido para los ex-combatientes a fin de darles la oportunidad de hacerse maestros. Yo no me había asomado por la guerra, pero se me permitió hacerlo y me vi con el título de maestro nacional a los 17 años, cosa que no me ha servido absolutamente para nada. En vez de ir por los caminos de la enseñanza, que me hubieran gustado mucho, fui por los caminos del comercio, en la forma que yo considero más característica: la del viajante, algo apasionante. Yo empecé a vender cosas de ferretería o electricidad y para mí era un mundo fascinante. En aquel tiempo en que los chicos no se movían por ningún sitio yo me iba a hacer eso que los viajeros llaman "la ruta". Empecé a recorrer rutas que me parecían maravillosas. El Barco de Valdeorras fue la primera plaza que visité. Con un amigo mío, también viajante, comimos en un café de artistas y nos hospedamos en una pensión humilde -por no decir miserable- donde también se hospedaban las artistas. Allí obtuve una de las primeras experiencias de hombre de mi vida. Luego Monforte, Sarria, Lugo... Todo era un mundo maravilloso.

- Pero en aquellos tiempos, ¿ya había publicado algo?

- Mi condición de escritor se inicia con una precocidad que ahora mismo considero repugnante. A mí me parece que las cosas a su tiempo y los nabos en Adviento, como dice el refrán. Yo empecé a publicar en un momento en que, si hubiera tenido buenos mentores, me hubieran dado un par de tortas. Había publicado versos y prosas. Empecé a escribir versos muy pronto. Los primeros, claro, eran de amor a una niña de Bilbao. Eso es algo que no he dejado de sentir nunca: la sensibilidad por las forasteras. El mito de las forasteras está tremendamente presente en mi obra: en poesía, en prosa y hasta en la película «El Filandón», donde hay una adaptación de un relato mío en el que hablo de unas forasteras que eran mis primas.

- Al llegar a León toma contacto con el grupo de «Espadaña» a la vez que publica en la mítica revista «Alba», fundada por un villafranquino quizá poco conocido como Ramón González Alegre, con quien usted mantuvo cordiales relaciones. ¿Cómo era González Alegre?

- Ramón González Alegre era un producto típicamente villafranquino. La característica principal de Villafranca es una tendencia al énfasis, a la solemnidad. Esta condición la tenía Ramón en grado superlativo. Era un poeta caudaloso y una persona que se hacía querer, lo cual no quiere decir que tuviera un carácter beatífico, ni mucho menos. Vivió toda su vida en la dolorosa esquizofrenia de sus dos ocupaciones: la obligada, que era la abogacía para poder comer y la poesía que era su gran meta y su único deseo. En los

últimos tiempos de su vida el conflicto ya se planteó en términos casi dramáticos porque huía de Vigo y se metía en la calle del Agua, solo pero resistiendo. Escribió mucho y bien.

- Usted comenzó publicando preferentemente poesía, para entrar luego en el campo de la narrativa. ¿Cómo le gustaría ser recordado?

- A mí me gustaría ser considerado poeta antes, ahora y después porque me parece que la poesía es la expresión más acendrada del sentimiento a través de la literatura. Lo que pasa es que actualmente está saliendo mucho y bien mi narrativa breve. Es difícil que a uno le admitan que hace medianamente bien dos cosas. Ya decía Camilo José Cela que en España somos tan pobres que no da para tener dos ideas de una misma persona.

- Sin embargo, parece que la novela es un género que se le resiste

- En mi bibliografía hay dos novelas y media: la primera, «Un sitio para Soledad», otra de la que me considero particularmente satisfecho y que creo que va a ser reeditada muy pronto -«País de los Losadas»- y en medio de las dos hay un error. Yo había escrito una serie de relatos situados en la Costa del Sol pero en aquel momento era difícil colocarle a un editor un libro de cuentos o de relatos. Ver entrar a un escritor con un original de cuentos debajo del brazo era ver al diablo, mientras que la novela me la aceptaban inmediatamente. Como yo tenía ganas de publicar aquello lo aliñé, lo organicé como si fuera una novela y como tal se vendió bajo el título «La costa de los fuegos tardíos». No es que estuviera mal pero hay una distorsión ya que hubiera estado mejor como libro de relatos, que es lo que era. Ahora tengo preparado mucho material para una posible novela larga en la que he trabajado y no sé cuándo la terminaré, porque hay que tener mucha fuerza de voluntad para esperar un posible éxito demorado cuando le están pidiendo a uno entregas de posibilidad inmediata como son los relatos. En la novela hay que echar mucho culo en la silla y encerrarse a hablar de la vida cuando la vida está en la calle, alrededor. A mí me gusta mucho estar en la calle, en la taberna, en el café. Un relato, cuando sale, lo sigues escribiendo en la calle, en el autobús... Alguien que me observara vería que muchísimas veces me paro, me apoyo en la pared y cambio un adjetivo o hago alguna corrección en algo que llevo en la cabeza, lo que suele ser un poema o un relato breve.

- ¿Es usted metódico a la hora de escribir?

- Soy metódico en cuanto a perseguir el tema, a pensarlo. A veces, cuando estoy colmado de la narración, el poema o lo que sea, puedo ser anárquico y en cualquier sitio o en cualquier hora aprovecho la situación para escribir.

- El profesor Santos Alonso define sus relatos como una superación del realismo chato

- Yo no entiendo muy bien el lenguaje de estos profesores. No sé si lo que yo hago es realismo mágico o algo por el estilo. Siempre escribo sobre la realidad, siempre buscando trascenderla porque hasta la más chata de las realidades tiene unas posibilidades de magia o de transformación si se sabe tocarle el nervio.

